

El desarrollo económico *

La teoría del desarrollo económico es uno de los temas preferidos de los economistas contemporáneos; tratado accidentalmente dentro de la teoría general en la escuela clásica, el tema del crecimiento alcanza dimensión esencial en la doctrina marxista del desarrollo capitalista con, quizá, su mejor exposición de conjunto en Sweezy e interés primordial en los tratadistas de la escuela histórica. Estaba reservado, no obstante, para nuestro tiempo el análisis sistemático de los problemas del crecimiento. Rostow, Kuznets, Nurske, Colin Clark, Singer, analizan, sea los principios del crecimiento, sea los problemas de consistencia en el desarrollo de los distintos factores, sea problemas especiales como lo hace Nurske en su obra «Problemas de formación de capital en los países deficientemente desarrollados». En nuestro país los problemas del desarrollo han ido ganando la atención de los economistas y sociólogos por la razón imperiosa del interés que el tema tiene para la política económica y social del país; muestra de ello es la publicación por la Revista de Economía Política de un número extraordinario (mayo 1953-diciembre 1954) dedicado a ensayos sobre el tema, así como la aparición en el diario «Arriba» de una serie de artículos sobre el desarrollo.

El libro que hoy reseñamos cuenta en su haber, en primer lugar, el ser una teoría completa del desarrollo económico. Centrado en el estudio de las causas que determinan el crecimiento de la producción por cabeza y liberándose en lo posible de toda posición ideológica examina, a través del crecimiento de la producción, todos los factores que intervienen en dicho proceso, sean económicos o no; por ejemplo, el capítulo II—de los siete grandes que componen el libro—al analizar «la voluntad de economizar», o mejor, «la decisión de aumentar el rendimiento económico» («the will to economize») estudia problemas de sociología religiosa, de geografía humana, de estratificación social, etcétera. En este punto conviene decir algo del material empleado por el autor: profesor de economía de la Universidad de Manchester, una

* W. ARTHUR LEWIS: *The Theory of economic Growth*. "Allen and Unwin". London. 453 páginas.

a un sólido y dilatado conocimiento de la Teoría Económica un conocimiento directo de los países no desarrollados adquirido a lo largo de las misiones de estudio y asesoramiento en ello como funcionario de las Naciones Unidas. Lewis no recarga el material bibliográfico, pero el citado es siempre esencial y de primera mano.

Contiene el libro un apéndice dedicado a debatir la conveniencia del desarrollo económico. Su colocación en las últimas páginas es consecuencia de la decisión del autor de no dejarse influenciar por juicios extraeconómicos en la exposición del tema. La conclusión por matizada no deja de ser decidida: el argumento en favor del crecimiento económico es que confiere al hombre mayor control sobre el medio y, como consecuencia, aumenta su libertad. El crecimiento económico es por otra parte imprescindible, dado el porcentaje de aumento de la población mundial; los supuestos daños que el crecimiento pudiese causar en las actuales estructuras sociales y morales son más probables por el simple aumento de la población que por un crecimiento económico que acompañe al inevitable aumento de la población.

DESARROLLO ECONOMICO Y PLANEACION

Una teoría del desarrollo económico por aséptica que se pretenda implica su asentamiento en determinadas decisiones respecto a las cuestiones disputadas en la Teoría Económica del tiempo en el que el autor escribe. Ahora bien, esas preferencias sobre una u otra forma de solución pueden ser la consecuencia de la adscripción a una determinada ideología, de tal manera que los hechos sean interpretados en función de ella, o por el contrario, el principio que inspire la obra puede ser un principio empírico, tomando los hechos comprobados como único dato y elaborando los principios como consecuencia de la ordenación de los hechos conforme a unas leyes de tendencia. Esta viene a ser la posición de Lewis. En dos partes esenciales del libro, en el capítulo III en que considera las instituciones económicas y su influencia en el desarrollo y en el VII en que estudia la función del Gobierno en tal proceso, la posición del autor viene a fijarse en los siguientes principios que él cree consistentes con el crecimiento: a) necesidad de existencia de estímulos lucrativos para que el desarrollo se produzca, principio reconocido incluso por la URSS, al menos desde 1936, en que estableció escalas diferenciales de salarios; b) intervención del Estado como complementaria del sector privado; c) una de las funciones esenciales del Estado es la formación de técnicos. El Estado debe gastar el 1 por 100 del producto nacional en tal clase de educación; d) todo ello sobre la base de que es posible el desarrollo económico tanto en una sociedad planificada que en una construída sobre base individualista, dependiendo la elección del sistema de los datos de la realidad concreta: una de las condiciones para la dirección estatal es la competencia de la Administración y del sistema individualista, el espíritu de empresa y la capacidad comercial. Añade Lewis que si bien los objetivos del desarrollo pueden lograrse tanto en un sistema como en otro, la creencia en la superioridad ética de uno

de ellos puede tener influencia decisiva en el resultado. Las ideas del autor respecto al problema se hallan claramente expresadas en un pequeño libro «The principles of Economic Planning», del que existe traducción castellana en el Fondo de Cultura Económico.

Añade un quinto principio de enorme interés para el lector español: siendo el mejor argumento en favor de la economía libre el que la mayor flexibilidad del sistema permite la más fácil conversión de la economía cuando cambian—por innovación—los métodos técnicos de producción y por otra parte que la planeación es más útil cuando se trata de alcanzar una meta determinada y no cuando no existe meta o varias que pueden contrariarse, deduce el autor que *«la planificación conviene más a los países que no son líderes en lo económico, que siguen lo que otros han hecho cincuenta o cien años antes»*.

Otra de las cuestiones polémicas es la de los monopolios, la del grado de monopolio compatible y aun beneficioso para el crecimiento. Los defensores de los monopolios se apoyan precisamente en que en un momento de iniciación de un desarrollo es imprescindible ayudar a las industrias pioneras (infant industries), cuya ayuda es más eficaz en la forma de precio de monopolio. Otro argumento esgrimido es que el crecimiento exige la producción en gran escala y por lo tanto en un grado considerable de innovación industrial, y ésta exige la investigación, muy costosa, y por lo mismo sólo posible en un grado avanzado de concentración de empresas. Lewis rebate estos argumentos: en primer lugar monopolio y producción en gran escala no son la misma cosa, cabe producción masiva sin que las empresas de un mismo ramo estén concentradas, en cuanto a la investigación puede ser hecha por agencias subvencionadas por las empresas de un ramo (Inglaterra presocialista), por el Estado o por ambos a la vez. Una buena parte de las innovaciones son hechas por firmas nuevas luchando por el mercado en competencia perfecta y otra buena parte por las antiguas bajo el estímulo de la competencia de las nuevas. Hay un tercer argumento en favor del monopolio al que el autor parece conceder mayor peso: es deseable—según los monopolistas—que una parte importante de la renta nacional pase a manos de las clases que puedan ahorrarla con preferencia a los que lo gastarían en bienes de consumo. El problema del ahorro y la inversión es—con el de los recursos—uno de los problemas esenciales del desarrollo económico. Sin inversión superior al porcentaje correspondiente al crecimiento de población no cabe desarrollo. Ahora bien, el ahorro y la inversión puede determinarlos el Estado por medio del ahorro forzoso, cuya técnica está probada con éxito desde hace varias décadas por Gobiernos socialistas y no socialistas.

El aspecto dinámico de las innovaciones está estrechamente unido a la cantidad y calidad del conocimiento tecnológico y económico, aspecto que el autor trata en el capítulo IV y al que da tanta importancia que llega a decir en algún lugar que de las ayudas que pueden prestar las naciones industriales a las poco desarrolladas, la más importante es la ayuda técnica. De los tres grados de conocimiento necesarios para el desarrollo económico: la ciencia pura, la investigación tecnológica y el desarrollo o adaptación de la técnica a las condiciones concretas (development stage) los países pobres pueden prescindir del primero, ya que es más económico copiar lo que hacen los países líderes

(págs. 174-175). Esta visión realista de lo que pueden hacer y no pueden hacer los países pobres se basará en el criterio del rendimiento. Sin embargo, como reconoce el autor, razones de prestigio, estratégicas o necesidades de estabilidad política interna producen con harta frecuencia que un país que inicia su desarrollo lo frene *por hacer más al mismo tiempo de lo que puede*.

El porcentaje de renta gastado en enseñanza técnica por los países industriales es elevado. La Gran Bretaña gasta el 1 % de su renta industrial en investigación industrial y Estados Unidos el 0,5 % de su renta agrícola en enseñanza agrícola. En otros países (entre los que se encuentra desgraciadamente España) se ha iniciado una política industrial sin una inversión importante en enseñanza técnica y manteniendo sistemas de formación de técnicos que forzosamente han de producir un número insuficiente de técnicos por razones sociológicas (mentalidad de clase, pequeña movilidad vertical, etcétera), pero sobre todo porque el sistema actual de Escuelas Especiales exige menos gastos que un programa de formación más extensivo.

Los capítulos V y VI, que tratan del capital, la población y los recursos, abordan el tema central de la teoría del desarrollo; esta parte del libro es la más importante y su desarrollo de una gran congruencia lógica que no le hace perder nunca una gran riqueza de matices, todo ello acompañado de exposiciones sumamente claras de análisis (como el de la inversión y el ahorro, págs. 214 y sts., en el que los principios keynesianos son explicados con asombrosa sencillez).

El crecimiento económico está relacionado con el aumento del capital por cabeza. Debido a los trabajos de Kuznets y Colin Clark se ha podido llegar a la conclusión de que la relación del valor del capital al valor de la producción (output) es bastante constante y que esta relación viene a ser de 3 a 1 o de 4 a 1, o sea que 100 libras esterlinas de inversión producirán un aumento de renta de 33 libras o 25 libras, o dicho de otra manera, que un aumento del 3 % de la renta es el efecto de una inversión del 9 % o del 12 % de la renta.

LA INVERSION EN LOS PAISES POCO DESARROLLADOS

En relación con los países poco desarrollados recoge el autor dos tesis respecto a la relación de capital a producción: la primera pretende que la relación es mayor (menor rendimiento del capital) debido a la menor eficacia y mayor derroche; la segunda, por el contrario, afirma que el hecho de no estar explotados los recursos aumenta la productividad al principio. Los dos factores se contrarrestan, pero predomina, en opinión de Lewis, el factor negativo, resultando un menor rendimiento del capital.

Aparte el distinto rendimiento de las inversiones conforme al grado de desarrollo (y hasta un máximo), aquellas tienen mayor o menor efecto en las distintas ramas de una economía. El menor rendimiento concreto puede estar compensado por otras razones, por ejemplo, por las necesidades de abastecimiento (como ocurre con las inversiones agrícolas) o por la más rápida traslación de sus efectos a todo el sistema económico (servicios públicos). Estas estimaciones son datos esen-

ciales para el plan económico y entre ellos ha de tenerse en cuenta uno muy importante: el exceso de población. Digamos de pasada que si bien el desarrollo económico puede tener lugar en una economía de mercado, las diferencias de rendimiento de unas inversiones a otras y las necesidades de la ocupación en los distintos sectores económicos plantean la necesidad de orientar los esfuerzos conforme a un orden de prelación y, como consecuencia, muestran la conveniencia de un plan de desarrollo.

El distinto desarrollo de las inversiones en los países poco desarrollados y en los progresivos tiene consecuencias importantes—que luego consideraremos—en la estructura de la población. En los niveles de baja productividad el 60 % o el 70 % de la población activa está ocupada en producir bienes agrícolas a diferencia del 12 o 15 % en los desarrollados.

Para una política de desarrollo es muy importante conocer las constantes que presiden la composición del capital, pues son límites que determinan las condiciones que determinan el proceso de industrialización. El país más progresivo (cuya renta nacional equivale a un 1/5 de la renta mundial), Estados Unidos, invierte un 20 % de su renta. De este 20 %, un 7 % se destina a reemplazar el capital y un 13 % de inversión neta. La proporción de renta anual requerida para reemplazamiento es mucho más pequeña en los países atrasados, ya que su stock de capital es menor. En Estados Unidos, por ejemplo, el stock de capital es superior a tres veces la renta nacional, en los países más pobres es igual o menor a la renta nacional (pág. 210). Suponiendo que un país avanzado invierta cada año un 20 % de su renta, este 20 % se descompondrá en:

Viviendas	25 %.
Obras públicas y servicios públicos.....	35 %.
Manufacturas y agricultura.....	30 %.
Otros	10 %.

De estos porcentajes se deduce que los factores sobre los que normalmente se fija el esfuerzo de desarrollo, agricultura e industria no disponen entre los dos más que de una tercera parte de las inversiones. En países en trance de desarrollo el porcentaje de inversiones para viviendas subirá más del 25 %, ya que el crecimiento irá unido a un proceso de crecimiento de las ciudades. Los países desarrollados en que la renta agrícola representa un porcentaje menor sobre la renta nacional que en los atrasados mantienen un índice superior de productividad agrícola como consecuencia de inversiones del 5 % (Inglaterra) y 8 % (USA).

En los países atrasados lo que impide la inversión no es fundamentalmente la falta de demanda, sino la falta de ahorro para financiarla. Es la paradoja de estos países: necesitan mayores inversiones y el nivel de ahorro es más bajo, necesitan mejor gobierno y con mayor autoridad y la pobreza crea la base de la inestabilidad. El progreso económico se basa en los supuestos de elevado índice de ahorro, conocimiento técnico, movilidad social, etcétera, que son la consecuencia de un grado elevado de desarrollo.

Países en que una inversión del 12 % de la renta podría ser absor-

bida por la renta que crease han de contentarse con invertir el 4 % por falta de ahorro. «En cualquier nivel de ahorro se consume solamente la cantidad de bienes de consumo existentes. Como la renta se deriva tanto de la producción de bienes de consumo como de bienes de producción y como el consumidor sólo puede consumir los de consumo, se deduce que se ahorra parte de lo producido». Ahora bien, lo que la comunidad está forzada a ahorrar puede no coincidir con lo que quiera ahorrar. Si el conjunto de consumidores quiere ahorrar más reduce sus gastos en bienes de consumo, si menos los aumenta. En el primer caso los productores de bienes de consumo tienen pérdidas y buscan su equilibrio menos, se inicia una depresión; en el caso contrario aumenta la producción si hay reservas de trabajo, tierra y capital. En el caso de que falte alguno de estos recursos o varios conjuntamente se produce una subida de precios que puede conducir a la inflación. Dado un determinado nivel de inversión si se quiere ahorrar más se producirá una deflación, si se quiere ahorrar menos una expansión o una inflación. Antes de Keynes no se acostumbraba a pensar en el nivel de inversión como algo dado independientemente del nivel de ahorro. Desde el punto de vista de la época victoriana los empresarios invertían sus ahorros o los prestaban; no podían invertir lo que no existía y todos los ahorros se invertían. Ahora es admitido sin reservas que no todo el ahorro es invertido y que hay inversión que no proviene del ahorro (dinero adicional).

Interesa especialmente el papel de la inflación en el desarrollo económico. Si se inicia un programa de inversiones a un nivel superior al ahorro la renta dineraria crecerá hasta que alcance el nivel en que el ahorro es igual a la inversión, si se sigue invirtiendo aumentarán los precios y comenzarán a presentarse los supuestos de la inflación. Conviene distinguir las inflaciones normales de las iniciadas para crear capital utilizable. «Inflaciones de este tipo son a larga «self-destructives» porque más pronto o más tarde resultan en un aumento de bienes de consumo» (pág. 217). El tiempo en que tardan en producir el efecto estabilizador depende de la naturaleza de las empresas financiadas de esta manera. Lo que ocurra en el intervalo depende de la existencia de recursos no empleados capaces de absorber la corriente de dinero.

Cuando aumenta la inversión aumenta el consumo de los ocupados y aumenta la producción de bienes de consumo. Si se trata de una economía con una producción de bienes de consumo deficitaria o muy pequeña (en especial de alimentos) se estará en el problema o de importarlos (disminuyendo la cantidad de divisas destinadas a la importación de bienes para la industria) o de limitar autoritariamente el consumo (racionamiento). Si estas medidas no contienen el alza de precios y si las exportaciones de este país en un producto determinado no son más que una fracción de las exportaciones mundiales en este producto, sus precios subirán y sus exportaciones se contraerán. La salida que se impondrá es la devaluación, que por otra parte perjudica menos a un país pequeño que a uno grande, ya que sus obligaciones y activo se fijan en moneda extranjera. La devaluación repercute también en el nivel de precios y como consecuencia en el nivel de vida.

Las condiciones para que la inflación sea controlada (el mejor medio para favorecer el desarrollo) son (pág. 221): que las clases favorecidas

ahorren o que con la necesaria prontitud aparezcan en el mercado bienes de consumo que absorban el aumento de la renta dineraria.

DESARROLLO ECONOMICO Y AGRICULTURA

En el caso de un país retrasado toda industrialización debe ir acompañada de un aumento de productividad agrícola (pág. 231), porque en este tipo de país la agricultura produce el 50 % o el 60 % de la renta y ocupa un elevado porcentaje de la población activa, a veces hasta el 70 %. En España, según diferentes fuentes (estadísticas de la Fao, 1951, y censo de 1944), el 50 o el 55 %.

El aumento de productividad agrícola liberará brazos para la industria y asegurará el aumento de demanda de bienes industriales, haciendo posible a las industrias su liberación de la situación de industrias «estufa», en la que se encontraron, por ejemplo, las industrias catalanas y del norte de España en lo que va de siglo.

Hay un supuesto sobre el cual no es necesario que la industrialización vaya acompañada de un aumento de la productividad agrícola: se trata del caso en que el aumento industrial va acompañado de un aumento de las exportaciones de bienes industriales con las que se pagan las importaciones de artículos de consumo. Naturalmente la posibilidad de lucha por los mercados depende del precio de los productos exportables; un obstáculo para ello es la política de protección a la moneda que suelen mantener los países pobres.

Estudia más adelante Lewis los medios de inversión, dando especial importancia a las inversiones extranjeras; éstas seguirán relativamente al mismo ritmo que en la actualidad debido al decrecimiento de la tasa del capital en los países desarrollados.

LAS CONDICIONES DEL PROGRESO ECONOMICO

El capítulo VI del libro se destina a estudiar las condicionantes reales del crecimiento: población y recursos. Junto a aspectos puramente teóricos como la refutación parcial de las teorías de Malthus, enuncia las tendencias halladas mediante el estudio de las estadísticas. El crecimiento de la población mundial en un 11/4 anual exige (tomando la relación de 4 a 1 de inversión a renta) una inversión del 5 %. Un aumento de la producción mundial en un 2 % doblaría el nivel de vida en ciento cuarenta años.

Problema esencial es el del óptimo de ocupación y reparto en ocupaciones de la población activa. El criterio económico es el de que la población ocupada determine el máximo de producción por capital. Pero la población deseada puede exceder el óptimo económico por razones estratégicas o por razones religiosas (Israel), etcétera. Un país no puede considerarse como superpoblado porque no pueda alimentar a sus habitantes mientras pueda importar suficientes bienes de consumo como contrapartida a sus exportaciones industriales y mientras éstas crezcan en la misma proporción que su población y su nivel de vida. Un país puede estar superpoblado en agricultura y sin embargo no

disponer de la mano de obra suficiente para su industrialización; ello será así, entre otras razones, porque la población industrial exige una formación especial. Se introduce aquí el término que podríamos llamar población cualitativa. Un exceso de población agrícola es el primer inconveniente para una política de desarrollo, por las siguientes razones: a) Al vivir sobre una parcela de terreno—sobre una ha., por ejemplo—mayor número de personas que las que determina el óptimo de producción disminuye la renta agrícola por persona y por lo tanto la demanda en el sector agrícola en perjuicio de las otras producciones; b), porque el exceso de cultivo produce, primeramente la puesta en cultivo de tierras marginales y después un mayor grado de usura del suelo. «La política de un país con exceso de población agrícola—dice Lewis—es desarrollar en el mayor grado posible la ocupación no agrícola. Si se pudiese sustraer un cierto número de personas a la tierra, devolver tierras a los bosques, usar algunas para el control de la erosión y aumentar la productividad esa sería la política a seguir» (Página 328).

Estudia el autor el desarrollo de las industrias artesanales (el mejor ejemplo de ayuda a la industrialización lo considera el sistema japonés de trabajo domiciliario compatible con el cultivo de la tierra), los trabajos complementarios de la mujer y las industrias estacionales.

El grado de ocupación y las proporciones de las distintas ramas son, en relación con todo dicho, índices del desarrollo de una economía. La población ocupada varía del 33 por 100, en los países más pobres, al 45 por 100 en los progresivos. El trabajo cualificado de la mujer (aparte tareas domésticas) es mayor en los países desarrollados: en Inglaterra es el 47 por 100 de la ocupación masculina, mientras que en Egipto es el 17 por 100.

En otra parte de la obra afirma Lewis que el mayor beneficiario del desarrollo es la mujer que se libera de las labores domésticas pesadas y no remuneradoras. Un proceso de crecimiento disminuye el índice de población ocupada en agricultura y aumenta el de la población industrial, pero la caída de la población agrícola no es absorbida totalmente por la ocupación industrial, sino que aumenta más el tercer grupo de los servicios y profesiones que viene a convertirse en el más importante numéricamente. (En este punto falla totalmente el postulado marxista de la proletarización progresiva e inevitable que acompañaría a la acumulación capitalista).

Veamos en algunos porcentajes la composición de la población, activa en algunos países industrializados (Inglaterra), en otro no desarrollado y en otros intermedios.

La población agrícola:

En Egipto, 71 por 100; en Japón, 56 por 100; en Italia, 49 por 100; en Francia, 30 por 100; en Inglaterra, 12 por 100.

La población industrial:

En Egipto, 8 por 100; en Japón, 17 por 100; en Italia, 22 por 100; en Francia, 24 por 100; en Inglaterra, 35 por 100.

En España el 35 por 100 de la renta nacional es renta agrícola, y la ocupación en agricultura es el 55 por 100 o el 50 por 100 de lo total. Desde 1900 a 1950 la población agrícola española descendió al 85 por 100, mientras que la industrial subió al 290 por 100 de la de 1900, y los servicios al 190 por 100. El proceso de industrialización de nuestro país tropieza con el inconveniente de la baja productividad agrícola y con

el exceso de población campesina, que tiene sin duda que frenarle; la escasez de productos agrícolas junto con el aumento de la cifra de salarios producido por la industrialización producirá una subida de precios. El futuro de la industrialización española está en el control de los precios y también en la conquista de mercados para los productos manufacturados.

El libro comprende también un estudio del efecto de las relaciones internacionales (comercio exterior, emigración, imperialismo), los sistemas políticos (economía con control central, economía descentralizada y planeada, estado no intervencionista, proporción de los sectores público y privado, etc.) y de la política financiera sobre el desarrollo. Elabora en conjunto un verdadero tratado sobre el tema, en el que no se sabe qué admirar más, si el rigor lógico de los razonamientos, la riqueza del material empleado o la claridad de la exposición, que hace de extraordinario interés su lectura, interés que se aumenta en el caso del lector español, ya que los problemas que estudia el autor tienen una enorme vigencia en nuestro caso.

FERNANDO MORAN LOPEZ

SIFEMA, S. A.

FUNDICION DE ACERO MOLDEADO
AL HORNO ELECTRICO

y
TALLERES MECANICOS

Avda. n.º 9 (Pabellón) - Teléfonos 33156 - 38237

RECALDEBERRI - BILBAO